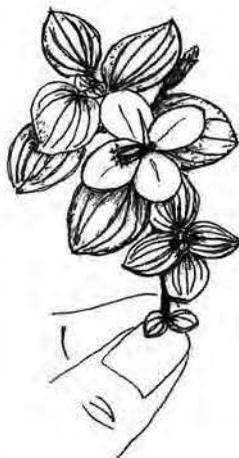


## Hablan (aunque no siempre) los escritores

### 25 conversaciones

HAROLD ALVARADO TENORIO  
Ediciones Unaula, Medellín,  
2011, 272 págs., il.

LOS BUENOS libros de entrevistas con escritores y artistas son de los más interesantes en el campo del periodismo cultural (pero ante todo del arte), porque el lector tiene allí la voz directa de los creadores –atizada por un perspicaz interrogador– y gozará, de primera mano, la manera como un artista concibe su obra, sus pequeños secretos de creación, sus fobias y sus filias, sus lecturas, sus influencias, cómo enfrenta sus conflictos, etc. Ello ocurre con pintores, poetas, narradores, arquitectos. Uno de los libros más apasionantes y entretenidos sobre Picasso, sobre quien se han escrito tantísimos libros –su obra, sus amores, su formación, sus amigos, sus innumerables anécdotas, etc.– es *Conversaciones con Picasso*, de Brassai (quien pasa del extraordinario fotógrafo que fue entre los años cuarenta y sesenta del siglo pasado a revelarse en ese libro como un escritor de gran calidad y detalle), así como es difícil encontrar testimonios más completos, inteligentes y auténticos en el campo de las entrevistas con escritores que aquellos títulos de *Conversaciones con escritores* y *Hablan los escritores* de *The Paris Review* en los cuales aprendimos para siempre algunas de las mejo-



res apreciaciones literarias y muchas historias personales de Hemingway, Faulkner, Ezra Pound, Truman Capote, J. L. Borges, Henry Miller o John Steinbeck, entre muchos otros, cuando fueron entrevistados por periodistas que, sin defecto, conocían el tema. Más útiles quizá que tantos talleres y clases de literatura en las cuales, cuántas veces, no se trataba más que de las escasas referencias de algún mediocre lector que fungía de profesor en el colegio o la universidad. Y mejor aún si quienes conversan con escritores y artistas no son propiamente periodistas, sino escritores ellos mismos, lectores apasionados y conocedores en carne propia de los avatares de la creación.

En 2011 Ediciones Unaula (Universidad Autónoma Latinoamericana) de Medellín publicó *25 conversaciones* de Harold Alvarado Tenorio (Buga, 1945), poeta, periodista cultural, ensayista, traductor y editor, quizá entre otros oficios y ocupaciones, cabrán también las de buscapleitos y viajero. El libro se compone de veinticinco entrevistas con escritores, menos dos: María Kodama y Rogelio Salmona. Por aquí están Jorge Luis Borges, Paul Bowles, Juan Lizcano, Guillermo Cabrera Infante, Jaime Jaramillo Escobar, Antonio Caballero, Elkin Restrepo, José Manuel Caballero Bonald, Juan Gustavo Cobo Borda, Jaime Gil de Biedma y Raúl Gómez Jattin, entre otros. La mayoría de estas conversaciones habían sido publicadas en periódicos y revistas nacionales e internacionales, entre 1978 y 2010. Y muchas se realizaron en países distintos a Colombia, en ciudades como Madrid, Buenos Aires, París y Tánger, además de Bogotá, Medellín y Bucaramanga. Porque, como digo, a Alvarado Tenorio le cabe el apelativo de viajero; desde muy joven ha viajado por Europa, los Estados Unidos y China. En varios de esos países ha sido profesor, que es otra ocupación que va con él desde hace tiempos.

Hay en este libro muy buenas conversaciones, motivadas por un entrevistador que conoce bien a sus invitados, que habla con ellos en confianza y acerca de sus obras, quizá lo más importante. Antes de empezar cada entrevista, después de una fotografía de su personaje, algunas veces en su compañía o tomadas por él mismo,

el autor hace una pequeña introducción, nos presenta a su invitado y hasta resbala, a veces, algún comentario con el cual quiere zanjar alguna disputa al margen del tema o agregarle ácido a una vieja rencilla o, simplemente, quiere dejar una gota de rencor sobre algún personaje o escritor al que quiere “inmortalizar” con su alusión, siempre en el ámbito nacional. Después de la presentación, el entrevistador comienza su conversación con una frase seguida de puntos suspensivos, tal vez para dar la impresión de que no está haciendo un simple interrogatorio, sino llevando un diálogo, pero el método se vuelve, necesariamente, manido: “Terminemos hablando de Kavafis...” le propone, por ejemplo, a Cabrera Infante: ¿para qué esos puntos suspensivos? Y ello a lo largo de todo el libro.



Hay aquí entrevistas curiosas, más que interesantes, como la hecha en 1993 a Paul Bowles, quien fuera una personalidad a todas luces fuera de lo común. Por su condición de músico extraordinario, de gran escritor y de amante del África, de Tánger en particular. Y por la muy personal renuncia a los Estados Unidos que criticó y de la cual se alejó para siempre. “Para mí el Sahara es el lugar más bello del mundo, precisamente porque no hay nada”, comienza diciendo. Pero solo agrega dos o tres cosas personales más y algún chisme, como que su amigo Truman Capote vino algunas veces a Bogotá a conseguir muchachos “pobres pero llenos de imaginación, además con un hambre sexual que ni

siquiera hay hoy en Marruecos". Y También dice Bowles que "otra cosa que le fascinaba a Capote era lo expertas que son algunas damas en Bogotá para el ejercicio de la *fellatio romanis senex*, pero no creo que usted tenga interés en hablar de eso" (pág. 45). (A uno le queda la duda acerca de la autenticidad de estos comentarios del estadounidense, dado, por un lado, que es muy improbable —no pude corroborar ese dato con nadie y tampoco está documentado en ninguna parte— que Truman Capote haya venido alguna vez a Bogotá, y, por el otro, el talante vengativo de Alvarado, de su sorna y su capacidad para decir asuntos nunca comprobables de sus enemigos o contrincantes en las disputas en que a menudo se embarca o, simplemente, una alusión envenenada a lo que no le cae en gracia, como las señoras bogotanas de la cultura, en este caso. Hay otras perlas).

Pero hay conversaciones literariamente jugosas, como la de Guillermo Cabrera Infante, en la cual el cubano habla de su imposibilidad de leer *Paradiso* de Lezama Lima, pero al igual del amor hacia su poesía; de su relación con Borges, Conrad y Nabokov; de Kavafis ("ese sí que yo creo es el poeta de Alejandría"), de quien dice que es el más grande poeta del siglo XX, al contrario de Eliot o Pound, a quienes al parecer deploró, lo mismo que a Durrell, "el falso cronista de Alejandría".

En la entrevista de Francisco Brines (pág. 143), poeta español nacido en 1932, cuando este habla parece que todo es sustancial, parece pensarlo todo desde la poesía, desde la actitud más sincera y más depurada de la escritura. En él la poesía es pura sabiduría: "Como lector la poesía me ha ayudado a vivir mejor. Si uno escribe algo o sobre algo es porque se desea que lo escrito se cumpla en el lector, pero sobre todo en uno mismo. Escribir es sentir la emoción de una revelación, de un conocimiento sobre la vida, sobre el mundo, esa es la gran emoción de la creación poética" (pág. 146). Cuando más adelante dice: "Por eso le he dicho que nunca he escrito desde la alegría sino desde la pérdida", ya el lector tiene claro qué clase de poeta dice eso, por qué lo dice, por qué no es una frase sino un compendio, una

bella manera de sintetizar un cúmulo de experiencias, tal vez una obra entera.



La conversación con José Manuel Caballero Bonald es también reveladora de un poeta lúcido y vivaz a pesar de los ochenta y un años que tiene en aquel momento. Un repaso generoso por los poetas de su Generación del 50 en España (José Ángel Valente, Gil de Biedma, Francisco Brines, entre otros), lo mismo que de sus años en Colombia que considera cruciales. Viene aquí otra de las perlas que anoto arriba. Caballero Bonald habla de sus encuentros etílicos con Eduardo Carranza y se despacha en alusiones desobligantes sobre supuestas y despreciables posiciones políticas y lo remata con "raro espécimen falangista colombiano que siempre que bebía mostraba una acusada tendencia a la elasticidad ósea y la expulsión de la dentadura [...]". Ni olvido algunas de las mujeres que conocí esos años como aquella española, Alicia Baraibar, que estuvo casada con un poeta diplomático y gobernador imitador de Eliot, y que como Elvira Mendoza, Rita Agudelo, Marta Traba, Gloria Zea y Sonia Osorio, con su tono libertino, predicaban el amor libre, amaban el cine erótico francés de Cofram y les encantaba divertirse". De nuevo queda la duda de que el poeta español se refiera en semejantes términos a gente que sin duda lo acogió y de quienes, de cualquier manera, uno cree que un extranjero, después de tantos años, no hablaría así "espontáneamente". Allí, al parecer, relucen broncas o cuentas por cobrar

de no sabe uno qué índole ni origen, de parte de nuestro escritor colombiano —pero que él pone en boca de su invitado—.

Algo similar ocurre con Pedro Gómez Valderrama. Antes de darnos la palabra de un autor que ha sido fundamental en la literatura colombiana por sus novelas y sus relatos ricos en historias de brujas y demonios, nos presenta al escritor bumangués que lo recibe en su casa bogotana, pero ya para terminar pone en sus labios una referencia malévola a su, en ese momento, pequeño hijo, Pedro Alejo, cobrándose, otra vez, una venganza con este último que el lector, naturalmente, desconoce y sin duda no le importa.

También es atractiva la conversación con Rogelio Salmona, a quien nunca se le quitaron las ganas de ser rebelde, de decir cosas incómodas contra todo lo que no le gustaba ("La pérdida de poesía de las ciudades colombianas es consecuencia del abuso de los tecnócratas, de su prepotencia, y de la avilantez de algunos urbanizadores y la pésima gestión de los administradores que no han entendido, o no quieren entender, que el espacio público, que poco tienen en cuenta, es la esencia de la ciudad [...]"); amante de las urbes, sobre todo de Bogotá; culto y amigo de la poesía. Severo Sarduy, gran escritor cubano en el exilio, también está aquí con una rica conversación en la que se mezclan poesía y erotismo, Cuba y el barroco, Carpentier y Borges, el lector y el cuerpo.

Un libro, en fin, con el indiscutible atractivo de las entrevistas literarias



a escritores de gran importancia en narrativa y poesía. Autores que dejan a veces amables lecciones acerca de su oficio y del arte de su escritura. Que discurren con gusto y tranquilidad por el tiempo que les ha tocado vivir, por las ciudades que han habitado y por los autores que han frecuentado. Por los seres humanos que les han dado felicidad y los libros que han labrado sus gustos y, por qué no, la calidad de sus propias narraciones y poemas. Un libro escrito por un poeta colombiano, Harold Alvarado Tenorio, que es autor de algunos buenos libros de poesía que han merecido el elogio de lectores y escritores en distintas épocas. Un autor que gusta de cazar pleitos más a menudo de los que el papel (pero ante todo los lectores) puede soportar, y que no supo cómo refrenar las ganas de emprenderla contra sus contrincantes literarios, ni siquiera en libros como el presente, hechos para el periodismo cultural, que pide la verdad pura y dura, no invenciones ni ficciones.

Luis Germán Sierra J.

## Un incompleto cuadro de historia económica regional

*¿Por qué perdió la costa Caribe el siglo xx? Y otros ensayos*

ADOLFO MEISEL ROCA

Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena, 2009, 323 págs.

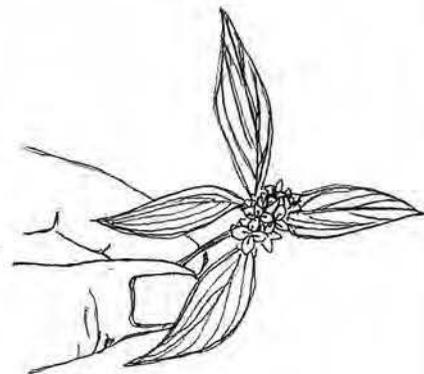
LA SELECCIÓN de ensayos de Adolfo Meisel arranca con una declaración de amor por la lectura, motivada por el libro *Una historia con alas*, del alemán Herbert Boy, que suscitó en él la pasión por la historia económica del Caribe, dos de los elementos esenciales de su vida profesional que, bien mirada, ha estado llena de importantes logros que se iniciaron en 1980 con la publicación de su primer artículo académico "Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena, 1533-1851", basado en una frustrada tesis de grado como economista, al que ha seguido una importante sa-

ga de artículos, ensayos y libros. Diez de esos ensayos forman parte del volumen en referencia y dan cuenta de sus inclinaciones intelectuales e investigativas entre 1998 y 2009. Estos artículos han tenido una primera versión publicada y para esta edición han sido ajustados, actualizados y mejorados. Cinco artículos están dedicados a Cartagena de Indias, desde la época colonial hasta 1950; sin embargo, cuatro de ellos se centran en la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras dos décadas del siglo XIX, dejando de lado el siglo XIX, para saltar al siglo XX en su primera mitad. Los siguientes cuatro artículos están dedicados al creciente rezago de la economía de los departamentos del Caribe con respecto de los del interior durante el siglo XX. El décimo artículo está dedicado a San Andrés y Providencia en 1846. Todo ello proporciona un incompleto, aunque útil, cuadro de historia económica regional.

El primer artículo, "¿Situado o contrabando? La base económica de Cartagena de Indias a fines del Siglo de las Luces", realiza un estudio sobre la economía cartagenera entre 1751 y 1810, destaca la situación demográfica del puerto a fines del siglo XVIII y el avance de las obras destinadas a su defensa. Su principal aporte está en el juicioso recuento de los ingresos fiscales de la Caja Real de Cartagena, basado en una muy poco trabajada fuente documental: las cartas cuentas de la ciudad que reposan en el Archivo General de Indias de Sevilla, lo que hace del ensayo un importante y novedoso aporte al estudio de la historia económica colonial y anuncia un futuro de trabajo para todo el Virreinato de la Nueva Granada. A continuación, aborda el tema del contrabando en el Caribe neogranadino y termina con el análisis del fracaso de las plantaciones en esa región, en el que hace énfasis en lo crucial que fue para dicho territorio la economía militar de Cartagena de Indias. Es interesante el recuento de las fortificaciones cartageneras, como también lo es la noticia de que las áreas rurales de la provincia de Cartagena no eran pobladas por esclavos y que la economía de la provincia vivía a la zaga económica del puerto.

El juicioso análisis de Meisel le permite realizar, de manera simultánea, un interesante balance sobre la

bibliografía cartagenera. La base documental del ensayo hace que este sea sólido, demuestra que la función principal de Cartagena fue la de ser un fuerte fortificado, proceso iniciado a principios del siglo XVIII y que se alargó hasta fines del mismo, derivada de su condición como epicentro del comercio exterior legal e ilegal del norte de América del Sur. En las páginas 12 y 14 existe un error editorial, en la página 12 se reproduce un mapa de la historiadora Marta Herrera Ángel, en el que se presentan las provincias de la Nueva Granada en el siglo XVIII, en la 14 se anuncia uno titulado Cartagena de Indias y su bahía a fines del siglo XVIII, basado en Juan Manuel Zapatero, pero es una réplica exacta al de la página 12.



El segundo ensayo, "Entre Cádiz y Cartagena de Indias: la red familiar de los Amador, del comercio a la lucha por la independencia americana", es un estudio de caso centrado en la influyente familia Amador Rodríguez y la red familiar que incluyó importantes negocios en el sector agrario y funcionó en los principales puertos de América del Sur y se extinguió durante la Independencia. Meisel reconstruyó el funcionamiento de la red familiar mediante el rastreo de cada uno de los Amador Rodríguez hasta 1809, el más influyente fue Juan de Dios Amador Rodríguez (1773-1847), quien actuó, como la mayoría de sus hermanos, en forma independiente de los negocios de su padre, destacándose en el negocio de las quinas. Los diez hijos del matrimonio lograron entremezclarse con lo más